Lee y diviértete

DE LA NUEVA PELÍCULA DE IMAGEN REAL

Disney

EL REGRESO DE MARY POPPINS

El libro de la película

EL LIBRO DE LA PELÍCULA

Adaptación de Kathy McCullough

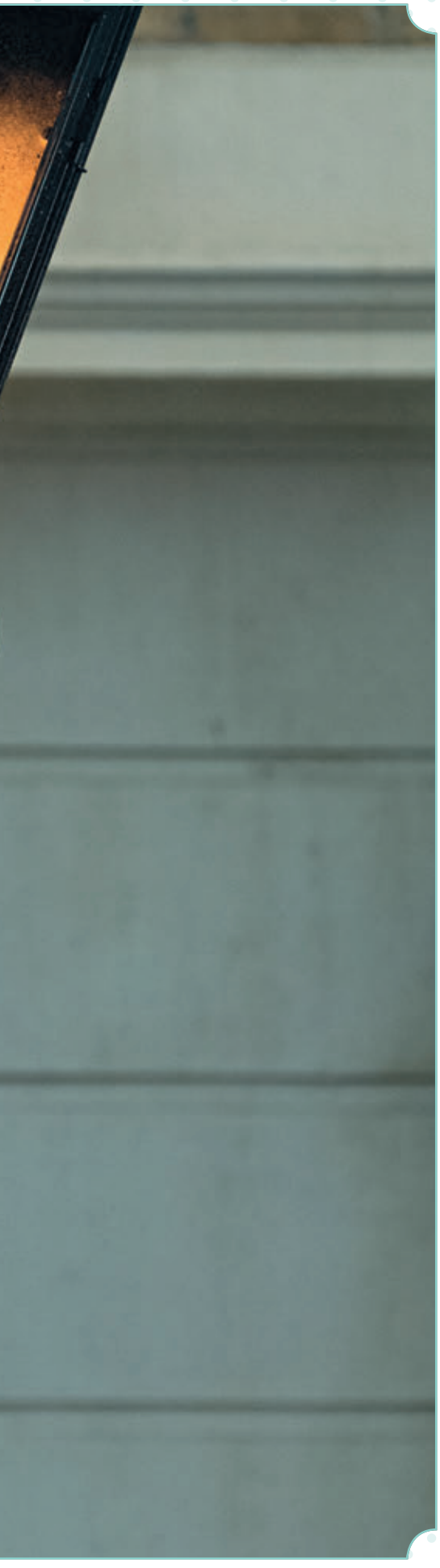
Guion de David Magee

Basado en la serie de libros de P. L. Travers

© 2018 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: noviembre de 2018
ISBN: 978-84-17529-20-8
Depósito legal: B. 21.807-2018
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

LIBROS Disney



En las primeras horas de una fría mañana de invierno de 1934 en Londres, un farolero llamado Jack se disponía a subir por su escalera para apagar la farola de gas frente al número 17 de la calle del Cerezo. Annabel Banks y John, su hermano gemelo, lo saludaron desde la ventana de su dormitorio.

—¡Hola! —llamaron a su amigo. Jack sonrió y les devolvió el saludo.

Entonces, los gemelos oyeron gritar en la cocina a Ellen, el ama de llaves de la familia. Corrieron escalera abajo, seguidos por Georgie, su hermano pequeño, que se aferraba a su jirafa de peluche, Gillie. Los gemelos encontraron a Ellen empapada en el pasillo.

—¡El dichoso fregadero ha explotado! —exclamó.

Las tuberías de la casa habían tenido varias fugas durante los últimos años, así que los gemelos sabían exactamente qué tenían que hacer. John corrió al sótano para cerrar la llave de paso general mientras Annabel llamaba al fontanero, cuyo número se sabía de memoria. Su padre, Michael Banks, fue a la cocina para ver si podía hacer algo con las tuberías reventadas.

Antes de que Ellen hubiera podido regresar a la cocina para fregar el desaguisado, llamaron a la puerta principal. Se trataba de dos abogados que estaban colgando un cartel que anunciaba el desahucio inminente de la casa. Horrorizada, Ellen se apresuró a avisar a Michael.

La esposa de Michael y madre de los niños, Kate, había fallecido el año anterior y, desde entonces, el viudo había tenido que hacer frente a una infinidad de facturas. Todo ello lo había llevado a renunciar a su carrera como artista para trabajar como cajero en el Fidelity Fiduciary Bank, al que también había pedido un préstamo. Ahora, el banco exigía la devolución íntegra del préstamo antes de la medianoche del viernes. De no ser así, procederían a ejecutar el desahucio.

—¿Devolver todo el préstamo? —repitió Michael, estupefacto—. ¡Si es más de lo que gano en un año! ¡Es imposible!

Jane Banks, la hermana de Michael, había venido a visitarlos esa misma mañana. Ayudó a limpiar la fuga de agua y, antes de marcharse para servir el desayuno en un comedor social, oyó cómo los abogados hablaban con Michael acerca de la demora del pago del préstamo. Jane le recordó que su padre les había donado acciones de ese mismo banco.

—Emplea las acciones para devolver el préstamo —propuso a su hermano.

Sin embargo, antes tenían que encontrar el certificado que demostraba que poseían esas acciones.

—Imagino que estará entre los papeles de papá —dijo Michael—. Jane, ¿por qué no lo buscas en el antiguo guardarropa de papá mientras yo miro en el desván?

Jane sonrió, hizo un gesto de conformidad a su hermano y se dirigió hacia la habitación de invitados.

Mientras, en el tejado de la casa de al lado, el almirante Boom, un oficial de la marina jubilado, y su primero de abordo, el señor Bitácora, dispararon un cañón como señal horaria de las ocho en punto.

¡BUM!

Sin embargo, iban algo retrasados. En el otro extremo de la ciudad, el Big Ben, la gigantesca campana del campanario del Parlamento, ya había sonado.

La explosión sorprendió a los abogados, pero no a la familia Banks, que ya estaba acostumbrada al ritual que el almirante llevaba a cabo cada hora. Los abogados se fueron a toda prisa y, entonces, Jane y Michael descubrieron que los niños habían oído toda la conversación.

—¿Vamos a perder la casa? —preguntó Georgie a su padre.

—Por supuesto que no —respondió Michael mientras le daba un abrazo—. Todo irá bien.

—Pero has dicho que no tenemos suficiente dinero —protestó Georgie.

—Puedo conseguir más —dijo Michael, guiñando el ojo. Usó sus habilidades como dibujante para dibujar un billete de diez libras, que entregó a Georgie. A continuación le dio a John varias monedas auténticas y envió a los tres niños a hacer la compra mientras él y Jane buscaban en casa el certificado de las acciones del banco.

Los gemelos y Georgie cruzaron el parque de camino a la tienda. Georgie iba el primero y John contó las monedas que Michael le había dado. No tenían suficiente dinero para comprar todo lo que había en la lista. Annabel le aseguró que se las apañarían, tal y como su madre les había enseñado siempre.

Ninguno de los gemelos se había dado cuenta de que había aumentado el viento ni de que las nubes se habían empezado a cerrar sobre sus cabezas.